

Yernos de pedigree

Ya va llegando el sol a la posta de la noche: Con unos suaves rayos oblicuos se despide de la tierra que ha calentado, fecundándola amorosamente durante todo el día primaveral. El cuarto color del espectro triunfa en un derroche de tonos esmeralda, manzana, y hierba fresca, que dan, el trigal lozano, los saucés, pinos y arrayanes, y los pámpanos que surgen vigorosos.

Bajo el parral que rompe la aridez del frente de la rústica habitación, el viejo Romualdo Alvarez, lee a doña Cándida, su mujer, una revista ilustrada. Recita, a tropezones, deletreando con trabajo, que ya no le «alcanza la vista», ni le dan para más los rudimentos adquiridos, después de hecho hombre:... magífica en su rol de dueña de casa la señora Manonga S. de Alvarez y Albornoz...»

—¿Y quién es esa señora, que tanto te interesa?... interrumpe la viejecita.

—¡Pero mujer, ya de vieja estás desconociendo hasta los hijos. Quién ha de ser, Manuelita, nuestra nuera, la mujer de Mauricio...

—Bueno, pero quien le va a conocer debajo de ese disfraz, de apelativos... ¡Caramba con la mocita!, con los humos le crecen los apellidos. No le va a alcanzar la cartulina de las tarjetas.

Don Romualdo rió de buena gana la zumbona ocurrencia de su mujer; luego mostrándole el periódico, le respondió:

—Vos no la querés mucho; pero mirala, no se puede